

gustiosamente la armonía. Seres encontrados y desencontrados, pero unidos por igual misión, por el mismo verbo: cantar.

Cumple su misión el autor, "sobre una piedra" y su voz que nos llegó primero tan ajena y señera nos conmueve al final con versos humanos y doloridos que han olvidado el grito y la protesta:

*Oh ruiseñor amable, oh soledad
imposible, silencio innominado.*

M. L. U.

<https://doi.org/10.29393/At394-153TORT10153>

Tornillito y otros cuentos, de JAIME VALDIVIESO

El primer cuento de Valdivieso, *Tornillito*, posee las características de una pequeña obra maestra. El humilde ser, el jorobado y retardado mental, encuentra la razón de su existencia al convivir junto al fornido y poderoso Aletazo González. Su calidad de "mascota" del campeón le demuestra, por primera vez, que alguien requiere de sus servicios. Antes era una cosa miserable, despreciada por todos. Nadie lo consideraba un ser útil. Sin que él lo supiera, sin que ninguno se enterara jamás, dentro de ese disforme trozo de carne humana anidaba un espíritu instintivamente sensible y ansioso. Tenía conciencia de su incapacidad sexual, pero un extraño estremecimiento agitaba su pobre cuerpecillo cuando observaba el sexo desnudo del campeón.

Valdivieso demuestra una gran versatilidad en la creación de personajes opuestos. Nos parece difícil encontrar, en nuestra literatura, ejemplos comparables al de *Tornillito*. Los seres con defectos físicos, pequeños, esmirriados o lisiados, parecen incompatibles con los héroes que las obras literarias requieren (la tradición, en general, los ha hecho representar una suerte de antihéroes). Pocos han sido los escritores capaces de penetrar en el interior de esos microcosmos aparentes. Resulta, pues, novedoso que, como motivación literaria, se abandone a los señores y se profundice en la vida de los mendigos. Hay, en Valdivieso, una sutil sensibilidad para lo humano que rompe, quizá, los moldes por tantos años respetados. Es el intento de buscar, tras la pobre apariencia, la grandeza manifestada en amor y sensibilidad. *Tornillito*, a pesar de sus limitaciones psicobiológicas, es un hombre íntegro sólo porque es capaz de amar. La naturaleza le ha negado toda forma de creación. No puede trabajar ni tener hijos. Está impedido para realizar cualquier esfuerzo físico; pero podrá entregar toda su vida al único que dio muestras de percatarse de sus pobres días.

Valdivieso evidencia un consumado arte en la creación de este personaje. Se vale del recurso técnico del monólogo interior transcrito en bastardilla y nos pone en contacto con las inquietudes del jorobadito. Nos ha brindado su imagen física, pero no se considera autorizado para explicar con sus propias palabras los sentimientos del pequeño ente. Lo deja hablar y sus expresiones muestran exactamente al mismo individuo que nos ha descrito exteriormente (*Quédate, mi hijito, me dice ella, toma esta frazadita y duerme con el Goyo. Tu padre, el baboso y flojo hijo de una grandísima, debe an-*

dar borracho como siempre. Así me dice ella y me deja con el Goyo o con la Martita, porque sabe, claro, que yo no le voy a hacer nada... Qué le voy a hacer también... Qué le voy a ir a hacer...). Sus palabras tienen siempre como centro al admirado campeón. Su monólogo es incoherente, desprovisto de nexos; el pasado y el presente desfilan confundidos casi. Una sola cosa está clara para él, sólo ante un estímulo puede iluminarse su limitada mente. Su sensibilidad, en este aspecto, es tan rica como la de una madre. Lucharía con todas sus pobres fuerzas de misera fierecilla para aislarlo del mundo, de las mujeres y de los hombres. Todos ponen en peligro su gloria. Nadie como él es capaz de señalar y elegir lo que le conviene.

Este joven escritor ha tenido el mérito de llevar a la literatura una bella muestra del fenómeno psicológico de la compensación. En el minúsculo ser no hay rasgo alguno de desviación sexual, a pesar del "cosquilleo histérico y voluptuoso" que le producen las jugarretas a que lo somete González y de la especie de celos que experimenta por la absorbente Betty. Aletazo era su vida misma, era su cuerpo y su espíritu. Cuando lo admiraban y aplaudían, sentía que tales homenajes le eran dirigidos. Representaba todo lo que él jamás podría alcanzar.

La visión que de González nos brinda Valdivieso es igualmente acertada. A pesar de su dura apariencia y de sus actitudes groseras, siente afecto por su mascota. También lo necesita. No menosprecia sus cuidados y sabe que, al acariciar su joroba, sus posibilidades de éxito, en el próximo combate, aumentarán considerablemente.

Tornillito y Aletazo representan una especie de simbiosis humana. En el primero están la sensibilidad, el cariño y el temor; en el otro, la fuerza, la belleza corporal. Son dos seres fundidos en uno solo.

Por otra prte, el autor brinda una visión clara y exacta del ambiente boxeril. Nos hace vivir en medio de esa realidad, con sus personajes y su jerga. La intención psicológica que lo guía no es óbice para hacernos sentir un combate en el teatro-circo Caupolicán. El público agitado e impulsivo, el brillo de los reflectores, el sonido fatal del gong, crean el marco de suspenso donde se ha de vivir la tragedia en que la narración termina.

Una valiosa novedad en el plano técnico caracteriza al segundo cuento de este volumen. Es, como su nombre lo indica, un "diálogo mudo". Raúl y Yolanda piensan. No cruzan palabra alguna; si lo hicieran, jamás volverían a compartir el lecho de ese cuarto de hotel. Es una muestra del hombre y la mujer materialmente unidos, pero separados por una insalvable valla de prejuicios e inhibiciones. Es una narración que constituye un reflejo fiel de un revelador aspecto de la vida. Raúl y Yolanda no son sino arquetipos de seres humanos definitivamente frustrados. De esos que, cansados de no encontrar, aún no tienen el valor de abandonar la búsqueda. Anhelan hallar en el exterior lo que no han sido capaces de solucionar dentro de sí mismos. Recurren al cómodo procedimiento de culpar al mundo de los errores que ellos se han encargado de perpetuar en sus vidas. Esta es la tónica que caracteriza al resto de los personajes de los diferentes relatos.

Valdivieso es un profundo conocedor del hombre y su miseria. En "Parque", aprovecha los instantes en que Pablo espera a su amante para captar un aspecto de su existencia. La muchacha tarda en llegar. Nos hace vivir el nervioso instante de la espera. Es admirable comprobar cómo en pinceladas rápidas y breves el escritor nos pone en contacto con el pequeño mundo burgués del personaje. Es un egoísta. Su condición aristocrática lo hace sentirse incómodo en "este país imbécil, sin tradición", mientras se solaza en la autoestimación de sus condiciones físicas.

En "La Lista", Ricardo Gómez, el protagonista, es un modesto profesor de Castellano. Por intermedio de un valioso recurso técnico, el autor lo muestra en el acto mecánico de pasar lista a los alumnos, permanentemente interrumpido por el caos de un problema que lo atormenta. El mérito de Valdivieso, insistimos, está en captar con sorprendente profundidad algunos breves instantes del hombre. Son contados minutos de la vida de un ser humano, pero tan minúsculos como reveladores. Hemos conocido a Gómez por su pensar, sentir y actuar de cinco minutos, pero es suficiente. Todos los tratados que pudieran escribirse acerca de este personaje y de todos los otros, serían un mero complemento de lo esencial ya señalado. Es posible que fueran hasta innecesarios. Un parcial enfoque de una relevante característica psíquica, es el más expresivo de los lenguajes del conocimiento del hombre.

La espera de Eduardo, en otros de los cuentos de este libro, es otra muestra de este tipo. El es pobre, de modesta condición. Mientras su esposa se ha entregado a manos de un carnicero que terminará con la vida del niño que aún no nace, repasa los azares de su triste existencia, frente a un mudo vaso de cerveza.

En "La Sorpresa", conocemos a Alfredo, tipo bastante revelador de un ejemplar humano que desprecia a la mujer que ama por prejuicios de índole social. En "Vía Praga", narra las inquietudes del descontento Ignacio, mientras viaja cómodamente por vía aérea.

En todos estos relatos —menos en "Tornillito" y en "El chato Rojas", con que termina este volumen— hay varios elementos comunes que les dan una especie de unidad interna. Todos los personajes son absolutamente infelices y, podríamos decir, "coléricos" a la manera de John Osborne. Sólo son movidos por la inercia de la vida que se solaza en castigarlos.

Resulta admirable la libertad que el autor manifiesta frente a los asuntos sexuales. Todos los personajes son ricos en sensibilidad erótica. El sexo constituye el centro donde gravitan sus vidas. Muestra Valdivieso una especie de suprarrealismo. El hombre escapa bastante de las simples páginas del libro. Como el amor y el sexo son su verdad integérrima, surgen como personajes en relieve. Creemos que nadie hasta hoy en nuestro país ha presentado una visión tan abierta y sincera, tan natural y franca en este aspecto. Su lenguaje directo, la presencia de hechos y expresiones aún tabúes en nuestro medio, sólo pueden encontrar algún punto de comparación con un autor que aparece citado en un epígrafe, con Henry Müller.

Cada uno de los cuentos, por otra parte, revela un valioso conjunto de

aportes técnicos. Hay una estudiosa elaboración en cada relato que, lejos de restarle espontaneidad, da mayor realismo a la narración.

Valdivieso ha hecho de una particular técnica del cuento una valiosa forma de expresión literaria que, seguramente, encontrará seguidores. Cuando los procedimientos técnicos se transforman en un medio de realización de la inquietud estética, cuando, gracias a ellos, se consigue llegar a la sensibilidad colectiva, resultan recursos admirables e imprescindibles.

Esta obra y *El muchacho* —su anterior novela— sitúan a Jaime Valdivieso entre los más relevantes valores jóvenes de nuestra literatura.

RAÚL TORRES MARTÍNEZ.